

MENSAJE DEL GOBERNADOR
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
HONORABLE RAFAEL HERNANDEZ COLON
EN EL ACTO ECUMENICO DE RECORDACION
DE LA TRAGEDIA DEL DUPONT PLAZA

31 DE DICIEMBRE DE 1987

El recuerdo no podrá perecer. Aquellas horas de lágrimas, súplicas y sollozos jamás podrán ser olvidadas. Aquellos actos de heroísmo, aquellas hazañas del corazón mismo de nuestro pueblo, aquella solidaridad, aquel despegue de la seguridad personal para salvarle la vida a los amenazados de muerte, son imágenes imborrables en nuestra memoria y en nuestro ánimo.

Y mientras aquellas nubes densas de humo y lágrimas opacaban la visión de la congoja, un año también moría junto a las 97 personas que la devastadora tragedia reclamó para la inmortalidad.

Hoy, en el primer aniversario de la tragedia del fuego en el Hotel Dupont Plaza, en San Juan, que le consumiera la alegría a nuestro pueblo el 31 de diciembre de 1986, quiero compartir con todos los familiares, compañeros, amigos, vecinos y conocidos de los que perecieron la tristeza de su ausencia y la soledad de su partida.

Sé, en mi corazón --porque también perdí amigos queridos en ese horror--cuánto sufrimiento, cuánta tristeza, cuánta desolación habrán sentido los familiares de los fenecidos a lo largo de este

año 1987. Y sé también --porque comparto la convicción de que no hay muerte sin resurrección--cuántas plegarias, cuántas súplicas, cuántas esperanzas habrán sido elevadas al Creador en la certeza de que un día volveremos a ver, cara a cara, aquellos que perdimos, pavorosamente, en el atardecer sombrío de aquel 31 de diciembre.

Pero no hay muertes en vano. La tragedia del Dupont fue como un aldabonazo a nuestra conciencia que movió los resortes espirituales del país para ponerlos al servicio presuroso de las víctimas y de los deudos de los fenecidos. De la tragedia nació la solidaridad, la unión de pueblo, la comunión de voluntades.

A los entristecidos deudos de las víctimas les digo: sepárenos aunque sea un pequeño espacio en su corazón para allegarnos hasta allí y compartir su tristeza y dolor. Pero también sepárenos una ración de esperanza que sé guardan en sus corazones como si fuera el pan servido en el sacramento de la comunión del Señor.

Porque, ciertamente, podemos decir como escribiera Pablo en su carta a los Romanos:

"En verdad, sostengo que lo que sufrimos en la vida presente es nada comparado con la gloria que se manifestará después en nosotros. Y toda la creación espera ansiosamente que los hijos de Dios reciban esa gloria que le corresponde".

Hasta aquí las palabras del Apóstol. Y aquí comienza la realidad de la esperanza que nos cobija. En las manos del Señor quedaron los hermanos fallecidos en aquella ocasión. Y en las manos del Señor quedaremos nosotros.

Quisiera pedirles a todos los aquí presente y al pueblo puertorriqueño que nos escucha que guardemos un minuto de silencio por la redención eterna de los hermanos fallecidos, y en solidaridad con los familiares que, irremediabilmente, estarán en lágrimas en esos mismos instantes.

Muchas gracias.